

EL MINISTERIO PARROQUIAL JESUITA UN DON PARA LA MISIÓN

José Luis Pinilla Martín, S.J.

Párroco
Parroquia S. Ignacio
Logroño, España

Introducción

Abro la puerta de la Iglesia a un niño que, en el mes de mayo, trae todas las semanas unas rosas a la Virgen; paseo por las salas de apoyo educativo para inmigrantes donde una religiosa da clases de español a un niño, chino, a otro rumano, y a otro marroquí al mismo tiempo... ¡Y consiguen entenderse! Acudo al despacho y me entrevisto con Yadira, inmigrante colombiana “sin papeles” tras conocernos en el “Punto de encuentro”.¹ Son más de tres años los que lleva en España.. Aún se emociona cuando recuerda su país y sus gentes. Sus ojos se cargan de lágrimas que se niega a derramar; son constantes las referencias a su hija de 14 años. Vino a España por ella, por su seguridad, pues en Colombia no podía ir sola ni a comprar el pan. Sabía perfectamente que aquí tendría que trabajar en algo distinto a lo que había estudiado (Informática y Secretariado). Lo sabía. El comienzo fue durísimo. De ser mano derecha en la dirección de una empresa en su tierra, a sobrevivir cerca de un mes limpiando casas ¡una hora a la semana por 6 euros! Transcurrido un mes, con el primer sueldo se dio un paseo con su hija, que por miedo no habían dado antes, y ¡tomaron un pastel!

Se desgarra su voz y se lamenta: “*Mi delito es no tener un papel. Ese papel me roba posibilidades, no solo de trabajo, sino que me arrebató el futuro. ¿Cómo voy a arriesgar lo poco que tengo, que lo es todo, por coger un bus en donde me pueden detener por ir sin documentación?*” Siente rabia

por los que se aprovechan: “*La integración tiene que ser recíproca. Nadie puede integrarse sin ser acogido*” dice. Y añade “*Esas miradas torvas cuando va al supermercado, o al banco me hielan la sangre*”. Lloro al recordar el día que fue a la atención urgente del Hospital, con su hija y escuchó esta frase a un facultativo:

- “*Inmigrante tenía que ser ¡Torpe!*”.
- “*Mamá si me ha arrollado un coche...¿ porqué dice eso?*”
contestó la niña .

Detenemos la conversación. Respiro. Me siento privilegiado al escuchar este testimonio. Seguimos compartiendo otras vetas personales, religiosas... Percibo que estamos en una conversación que casi es confesión sacramental. Como este hay muchos encuentros – personales y comunitarios - casi sacramentales para los nuevos tiempos que hacen visible el encuentro con Cristo en las 30 parroquias de los jesuitas en España.² “La vida parroquial pone al límite toda la inteligencia, los talentos, la espiritualidad y la iniciativa del mejor Jesuita. Y continúa 7 días a la semana durante 52 semanas al año” escribió también un jesuita³. Mil dones derramados por parte del Señor... para devolverlos: “Tomad Señor y recibid...”

La vida parroquial pone al límite toda la inteligencia, los talentos, la espiritualidad y la iniciativa del mejor Jesuita

El don que recibimos en las parroquias

Al plantear la inserción en el Sur del Tajo los jesuitas de parroquias portuguesas escribían: “Como tantos otros jesuitas en otros campos, los que lo hacemos en las parroquias trabajamos bastante, y estamos contentos con el trabajo que hacemos. Pensamos que es importante para la Iglesia y que se encuadra perfectamente en el apostolado de la Compañía”⁴.

Dada la característica de movilidad y disponibilidad de la Compañía y la gran variedad de apostolados que le caracteriza, también necesitará comprometerse en las parroquias donde la base de la fe se nutre, expresa y

forma diariamente. Eso nos ofrecerá la posibilidad de dar, recibir y aprender mucho.⁵ No es extraño que experimentemos como un regalo que “la comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la Parroquia” y cómo “es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos e hijas”⁶. Así vivimos de forma muy concreta el “sentir con la Iglesia” y lo expresamos con gozo cada vez que la Parroquia se reúne “como comunidad para celebrar sus alegrías, luchas y esperanzas en la Eucaristía, la Palabra y los demás sacramentos”⁷.

También nos da la oportunidad de colaborar estrechamente con otros (sacerdotes, religiosos, seglares...); es admirable descubrir de cerca la responsabilidad y entrega de mucha gente a la misión de la Iglesia. “La Colaboración con las diócesis locales hace de los jesuitas, que trabajan en parroquias, unos puentes entre la Compañía y la Iglesia local y comunidades organizadas”⁸. Nosotros mismos recibimos mucho, por ejemplo, cuando experimentamos la calidad humana y cristiana de muchas personas que viven discretamente una profunda vivencia de fe, esperanza y amor. Al estar inserta en un lugar concreto la Parroquia nos ubica además en una red de buena vecindad más allá de la comunidad creyente, facilitándonos el contacto, la amistad, la relación con proyectos y asociaciones civiles del entorno...

En una sociedad crecientemente secularizada, la vecindad parroquial nos ayuda a ser humildes al ofrecer la Buena Noticia y a dialogar con situaciones y actitudes personales muy variadas, discerniendo los valores positivos de cada persona escuchando las necesidades contemporáneas. Especialmente de hombres y mujeres concretos que se alejan de la Iglesia y que no se encuentran en ella “como en casa” (jóvenes, personas divorciadas, personas de fe débil, etc.)⁹.

El reconocimiento de ese don lo hemos hecho explícito muchas veces¹⁰. La última, como respuesta a la invitación realizada por el P. Provincial de España ¹¹, donde nos invitaba a todos “*a que, con agradecimiento y humildad, peregrinemos a nuestras raíces, a las gracias que configuran los núcleos de nuestra identidad más profunda, para reanimarlas y continuar respondiendo, con esperanza, a las urgencias que encarna hoy la misión*”. Fuimos estimulados por esta invitación a exponer cómo vivimos nuestro don desde las notas distintivas de nuestra misión. Se trataba de “pronunciar con gozo esas “palabras” que nos identifican”¹². Palabras que ponen nombre a la alegría de servir en este

ministerio y más desde que la Congregación General XXXI declaró ¹³ que ya no debe decirse que el cuidado parroquial de las almas sea contrario a los principios de nuestras Constituciones ¹⁴. También en el Encuentro de los Delegados de Parroquias de la Compañía¹⁵ se quiso avanzar en el don enmarcándolo mucho más en nuestras señas de Identidad : “*Debemos referirnos al ministerio parroquial como uno de los que sirve de marco a los ministerios nombrados en la Fórmula del Instituto (...) No se trata solamente de decir que la parroquia ofrece un contexto favorable para vivir con los pobres; sería más apropiado si decimos que “la parroquia ofrece hoy en la mayoría de las asistencias uno de los contextos **más favorables** para vivir con los pobres”.*”¹⁶

*ministerio social,
espiritualidad ignaciana,
y dimensión misionera junto
a la colaboración con los laicos*

En realidad hay una variedad enorme de Parroquias, también entre las encomendadas a la Compañía, porque están determinadas no sólo por la actuación de los párrocos, sino también por el medio en que se inserten y por la historia que han llevado. Pero podemos encontrar en ellas al menos tres características para devolver el don recibido según nuestro *modo de proceder*: Ministerio social, Espiritualidad ignaciana, y Dimensión misionera junto a la colaboración con los laicos. Os ofrezco el desarrollo de los tres apartados, desde mi visión en España y añadiendo al final algo sobre la liturgia tan presente en la actividad parroquial

Ministerio Social

Alguien con autoridad provincial en la Compañía dijo de manera informal en un Encuentro de párrocos jesuitas: “*Solo a las parroquias veo acercarse a los pobres y a los locos*”.

La parroquia ofrece un contexto que favorece la vida y la solidaridad con los pobres y de hecho es una plataforma jesuítica clave de inserción popular. Por eso suele tener una destacada proyección social que se concreta en programas de alcance local y también global (en este momento destaca la atención a las personas inmigrantes). “*La red parroquial, y la inserción social, donde las necesidades locales comunes se detectan y tratan más*

fácilmente, son un lugar privilegiado para la fe que busca la justicia”¹⁷. “Asociándose con otras obras apostólicas de la Compañía y organizaciones eclesiales y civiles, impugna todas las formas de discriminación y aporta una auténtica cultura de solidaridad que trasciende los límites parroquiales”¹⁸. La Compañía opta pues por parroquias en medios populares y si están en barrios acomodados promoverá siempre acciones de inclusión y cercanía clara con los pobres.

Nacieron del deseo de servir a la Iglesia según el Vaticano II, desde el interior de un barrio donde se sintiera cerca la llamada a ganar espacios de solidaridad. Su oferta gratuita de comunión le convirtió así en “una unidad de convivencia donde la parroquia es el Cuerpo de Cristo en el barrio; una presencia de Cristo en forma corporativa, de grupo (hacia dentro y hacia fuera) para hacer presente la solidaridad”¹⁹. Y eso ejercitado a través de una organización y actividad que expresan las tres dimensiones eclesiales claves que señalaba la CG. XXXV sobre la Misión: (*Los EE*) “tienen que ser vistos como parte de la triple responsabilidad que constituye el núcleo de la esencia más profunda de la Iglesia: la proclamación de la Palabra de Dios (*kerigma-martyria*), la celebración de los sacramentos (*leitourgia*) y el ejercicio del ministerio de la caridad (*diakonia*)”²⁰. La triple responsabilidad atravesada por la solidaridad, apunta a considerar las parroquias como una de las formas de llevar a cabo lo que la CG. 34 formuló como **“comunidades de solidaridad”**²¹. Y es que la parroquia camina para que el lugar en el que vive, y por supuesto ella misma en su interior, se vaya convirtiendo en espacio de solidaridad; comprueba que “*va regulando su vida desde la cercanía efectiva a los injusticiados: hace oración, celebra la fe, enseña catequesis, forma personas y cristianos, está presente en el barrio, proclama el evangelio... desde los pobres*”²².

Desde el núcleo de referencia comunitario parroquial, se alimenta en la hondura de la comunión trinitaria mediante la espiritualidad ignaciana y se abre más allá de sus propios límites a quienes no comparten enteramente su fe. La Parroquia debe buscar, “una posibilidad alternativa de comunidad”²³ que se abra a nuevos diseños, y aspire a la renovación, buscando así en su servicio de la fe la promoción de la justicia para todos, tal como nos pide hoy la misión de la Compañía, haciéndolo como quería el P. Arrupe: “Desde la contemplación, la creatividad y el coraje, elementos tan propios del carisma ignaciano”²⁴. Es nuestra forma peculiar de corresponder esperanzadamente, desde nuestra misión parroquial, al don que recibimos.²⁵

A este don de la solidaridad divina encarnada en Cristo se intenta responder. Que se lo digan si no a las parroquias de Andalucía tan encarnadas en realidades populares, dedicadas incluso a enseñar a conducir automóviles a gente de raza gitana que no sabe leer o a promover un “Punto de respiro” que son reuniones de mujeres trabajadoras para descansar de su doble trabajo –familiar y laboral - y simplemente conversar, respirar...

La solidaridad necesita espacios de encuentro para gozar del don recibido. Como me dijo un jesuita andaluz que trabaja en esas parroquias de su barrio que tiene continuos conflictos (droga, paro, etc.) *“Paseando por el barrio, una familia me dijo: P. Jesús te queremos sencillamente porque nos visitas. Por eso para mí trabajar en una parroquia, y que esta me dé la posibilidad de facilitar el encuentro con la gente, es un regalo. Un don, una gracia del Espíritu Santo”*.

O como narra David Martínez seglar de la Parroquia del barrio periférico del “Pozo del Tío Raimundo” en Madrid : *“El mayor regalo que recibo es la sonrisa , la mirada entrañable, la amistad, de cinco mujeres, muy sencillas, maltratadas por una vida muy dura cuando les ayudo a abrir los ojos para experimentar el gozo de una oración más contemplativa que les haga a Dios presente en la dureza de sus vidas y que les vaya haciendo cambiar su anterior forma rutinaria , mecánica y temerosa de acercarse al Padre”*.

*a este don de la
solidaridad divina
encarnada en Cristo
se intenta responder*

A las Parroquias también se acercan otros “locos”. Esos “**locos bajitos**”, que son los niños de catequesis. Otros “locos” son los que empiezan a descubrir la vida – adolescentes y jóvenes en procesos de la Confirmación o los “locos” enamorados que nos encontramos en los cursos de novios. Jóvenes que son reto, horizonte y desafío a los que en muchas parroquias se les atiende en labor conjunta con los Colegios jesuitas. Ya vendrá después – aunque es difícil- la pertenencia a los grupos o, cuando se casen, a Grupos de Padres o de Catequesis familiar (donde los padres se convierten en catequistas de sus propios hijos) como hacen cada vez más frecuentemente las grandes parroquias españolas. Y mucho más adelante esa gente se integrará en los Grupos de 3ª Edad o de “Vida Ascendente”: “locos” ancianos que deciden incluso hacer obras teatrales para la Parroquia o acercarse a Internet para comunicarse o jugar con sus nietos y seguir

siendo los más ardientes prolongadores de la fe recibida. El don de la fe transmitido de generación en generación tiene a la Parroquia como testigo privilegiado.

También hay otras locuras a las que nos lleva la de Ignacio de Loyola: atender a enfermos hasta la muerte, acompañar a los presos o a los afectados por la droga hasta que salgan de una cárcel u otra..., promover campañas por la paz y la reconciliación como insisten tantas veces nuestras parroquias del País Vasco. Por eso es evidente que recibir como un don el contacto con estas “locuras” solo se puede hacer si el jesuita “parroquial” también es, de alguna manera, “loco” enamorado de Jesucristo y de su misión, como decía de Ignacio de Loyola aquel monje de Monserrat en 1522: *“Aquel peregrino era un loco por Jesucristo”*.

*la posibilidad que
ofrece la parroquia
para encontrarse
con la gente ordinaria*

Una Parroquia no puede seleccionar. Tiene que acoger a todos e ir en busca de todos²⁶. Pero tampoco puede renunciar a ofrecer a todos caminos y programas adaptados de maduración creyente y de comunión eclesial. “Debe hacerse una comunidad evangelizada y evangelizadora, comprometida con la justicia y la reconciliación”²⁷, con el dialogo con la cultura y con otras creencias evitando la retirada a una pastoral de conservación para los “cristianos de siempre”. Aunque también experimentamos la fecundidad de esa tensión para desarrollar nuestra creatividad, revisando, evaluando y adaptando sin cesar la actividad parroquial²⁸. Y es que toda la vida- y todas las vidas - pueden estar arropadas por la Parroquia. El P. Kolvenbach dijo algo parecido para subrayar la ignacianidad de este ministerio:

“A Ignacio y sus primeros compañeros les gustaba encontrar a la gente en la calle donde, en su tiempo, transcurría la vida ciudadana. En la actualidad muchos católicos reciben de la parroquia su primera y definitiva impresión de la Iglesia. Como ha escrito un jesuita: allí (en la parroquia) se realiza la incorporación al Cuerpo de Cristo; allí se celebran los dramas de la vida ordinaria; matrimonio, muerte, resurrección; allí se ventilan las luchas, los fracasos; y allí se encuentra la reconciliación. Esto no ocurre en todas las partes del mundo y,

cuando ocurre, ocurre con matices distintos según la cultura y las circunstancias. Pero no puede ponerse en tela de juicio el hecho fundamental: la posibilidad que ofrece la parroquia para encontrarse con la gente ordinaria. Por tanto, al hacer del ministerio parroquial una de las posibles opciones apostólicas de la Compañía, ciertamente permanecemos fieles a Ignacio.”²⁹

Es verdad. El jesuita, parece estar más acostumbrado a trabajar “detrás la mesa”, dando conferencias, siendo escuchado desde el púlpito, etc. casi como en una relación “**vertical**” La parroquia hace también más “**horizontal**” nuestro servicio. Nos coloca más a pie de vecindad. Así han ofrecido un marco posible y visible para nuestra inserción popular. “Es muy relevante como a través del trabajo parroquial en sus diversas formas se acompaña al Pueblo de Dios y a otros en su vida diaria. Sin este ministerio, la Compañía de Jesús perdería contacto con la persona en la calle, con los creyentes y no creyentes en su vida cotidiana”³⁰. El actual P. General Adolfo Nicolás, narra su experiencia del don en el contexto parroquial de un barrio marginal de Tokio,

“...Fue una gran experiencia para mí. Los domingos, cuando estaba libre, ayudaba en la parroquia. Ahí entré en contacto con los inmigrantes y las dificultades de su día a día. (...) Creo que el Padre Arrupe tuvo una maravillosa intuición: el contacto directo con la gente y el trabajo por la justicia nos puede enseñar mucho y hacer mejores religiosos. Es importante porque la gente con la que trabajamos nos da un fuerte sentido de la realidad y ahí es donde debe de ser cotejada cualquier cosa que digamos o proclamemos. Atendíamos a todo tipo de gente, personas con fe, cualquiera que esta sea. Ésta es la realidad que nos pone a prueba, no sólo a nosotros, sino también a nuestra espiritualidad, incluso a nuestra fe. Allí entendí por qué algunas personas sin una formación teológica o una educación formal tienen un profundo contacto con Dios. Siempre me ha impresionado esto, y yo mismo desearía tener esa familiaridad, esa facilidad para relacionarme con Dios”³¹

Espiritualidad Ignaciana

A esa cercanía con los pobres nos lleva la Espiritualidad ignaciana. Esta se promueve cada vez más en nuestro campo a través de las variadas

aplicaciones de los Ejercicios Espirituales (Leves, En la vida corriente, etc.) Lo había escrito el P. Kolvenbach : *“Yo he creído que nuestras parroquias tenían que ser peculiares. Que debían alcanzar, más allá de la Iglesia, a los que no son sus miembros. Que debíamos ofrecerles la espiritualidad de los Ejercicios Espirituales. Que ello marcaría una diferencia positiva en la vida de los pobres, cercanos y lejanos”*³².

Siempre me ha gustado de este párrafo la concatenación de la oferta de la espiritualidad ignaciana con la cercanía a los pobres .Por eso, desde esta espiritualidad nos preguntamos sobre algunos rasgos que pueden afirmarse para promover la peculiaridad de nuestro servicio ³³.

Tenemos una propia identidad, un “aire de familia” que, dentro de la Iglesia, nos hace capaces de enriquecerla y ayudarla con algo muy personal, que comienza, lógicamente, en un origen común: se remonta a San Ignacio de Loyola y a la manera cómo San Ignacio entendió el evangelio. Estilo que ha ido cuajando y transformándose con el paso del tiempo. Nos encontramos a gusto con él, porque nos identificamos con ese talante y sentimos que potencia nuestro servicio. Es nuestra manera de ser cristianos y de ser Iglesia.

Interioridad frente al intimismo

En muchas parroquias ofrecemos espacios humanos de oración y materiales para la relación con el Señor. Frente a la tentación del intimismo, en un momento de banalidad, superficialidad, el cristiano debe cultivar y tener interioridad Y encontrar las puertas abiertas en cualquier momento para ello. El intimismo es una mirada a sí mismo que se queda en sí mismo; pero la experiencia ignaciana es una **mirada al interior de sí en un contexto, y abierta a un proyecto** .Aquel que vivimos “en” y “desde” la comunidad.

«Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, a sí a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofresciere» (EE 53)

Ante el crucificado me miro a mí mismo y me abro a una pregunta: ¿Qué debo hacer por Cristo? A esa experiencia interior le pongo un contexto, un proyecto y un futuro. Individual y comunitariamente en confrontación

con el crucificado y los crucificados nos miramos a nosotros mismos para proyectar la decisión y la acción. La experiencia espiritual supone una tríada: Cristo -Yo- los demás; yo entre Cristo y los demás. La Comunidad parroquial puede ayudar claramente a poner contexto y discernimiento. No somos francotiradores individuales.

Una solidaridad que supere el inmediatismo.

El óbolo de la viuda que Jesús captó deliciosamente en vida cotidiana se multiplica milagrosamente –como los cinco panes y los dos peces- en los gestos diarios y ocultos de las miles de “viudas” de nuestras parroquias. Jesús nos enseñó a descubrir este gesto. Y nosotros lo disfrutamos prácticamente todos los días...Una lámpara encendida, una limosna anónima...

Sin desaprovechar lo más mínimo estos gestos cotidianos habrá que convertir la solidaridad individual y puntual en solidaridad comunitaria. Es un gran desafío de hoy a la acción social parroquial. Muchas veces la parroquia se vuelca en un lugar, en un tiempo puntual; predomina la solidaridad “de huracán”, de “colecta urgente”, de estímulo inmediato. Hay que cambiar la perspectiva y descubrir que este don es un reto que tendremos que profundizar; caminando más hacia el descubrimiento de que lo importante no es sólo cómo paliar los efectos del desastre, sino hacer a las gentes menos vulnerables y ayudar no solo a que sobreviva hoy, sino a garantizar condiciones estables de supervivencia. La oferta estructural y no solo la inmediata fue la nueva manera con la que Ignacio fue descubriendo fórmulas para atender mejor a los pobres.

De ahí la necesidad de acudir a algunas mediaciones para que el don de la solidaridad no se quede en estrella fugaz. Por ejemplo, la formación,³⁴– de la que tan necesitados estamos hoy día en las parroquias – el análisis y la reflexión que dé sentido a largo plazo a lo que se hace. O implicarse en proyectos de largo alcance, tanto en el tiempo como en el

*La Comunidad parroquial
puede ayudar claramente a
poner contexto y discernimiento*

espacio. Posiblemente con ello nuestra solidaridad tiene menos protagonismo pero tendrá más eficacia³⁵. Y será mas acorde con lo que nace de la espiritualidad de Ignacio.

Acentúa el diálogo y el protagonismo laical frente al dirigismo y el clericalismo

El acento comunitario con sus estructuras comunitarias de gobierno (Consejo pastoral, Junta económica, etc.) es precisamente lo que añade la parroquia a la labor pastoral en otras iglesias o templos de la Compañía: la existencia de **un sujeto eclesial único de identidad y evangelización**, de una **comunidad de referencia** con distintos niveles y vinculación.

Hoy la Iglesia es eminentemente «clerical», por no decir «episcopal». No es cuestión de números sino del poder que detentan, ni cambia las cosas el que vistan de corbata o de negro. Las preocupaciones que manifiesta son las propias de los clérigos; contesta a preguntas que no le hace nadie y predica sobre cuestiones que no afectan a los que la escuchan. La espiritualidad ignaciana está demandando un mayor protagonismo laical. Ya hace tiempo el P. Arrupe convocó a un Encuentro de «expertos»³⁶ y ahí se señalaba:

“Es un deber de los presbíteros ayudar a todos los fieles a tomar conciencia de su sacerdocio universal en servicio a la comunidad de la Iglesia y a su misión hacia el mundo. Este objetivo no se logrará sin un previo cambio de mentalidad de los clérigos y, en cierta medida, de los religiosos y religiosas. Han de renunciar a un mal hábito de querer mandar y dirigir en todo ámbito de cosas. Han de devolver la Iglesia al laicado”

El don parroquial se abre, por su propia identidad, al don del diálogo. “Una comunidad parroquial que se comprometa con un diálogo ecuménico e interreligiosos, especialmente el diálogo de la vida, el diálogo de la acción y el diálogo de la experiencia religiosa”³⁷

Evangelizar es misión de todos. Y aquí nos queda un largo camino a recorrer. La reflexión que se viene haciendo en Europa y Norteamérica sobre la transmisión de la fe desborda los límites de ésta y afecta a toda la realidad parroquial, pastoral y de evangelización al poner el acento en el “primer anuncio” y en una catequesis “de la propuesta”³⁸. Cada vez se nos urge más a ser misioneros. Lo veremos a continuación en la última peculiaridad: La parroquia jesuita –laicos y jesuitas- debe ser misionera.

Evangelizar no es que seamos más número ni que seamos más importantes, sino transmitir buena noticia, construir Reino; que sean más los que descubran el evangelio. Y de una manera: con la escucha, la acogida, la valoración y potenciación de lo que la gente trae. La apuesta hoy es el diálogo como «forma de evangelización».

Dimensión misionera en colaboración con los laicos

Construir comunidad para la construcción del Reino de Dios. Entre los modelos de comunidad, el propio de la espiritualidad ignaciana es el de «cuerpo apostólico». En él hemos de destacar que la comunidad no es un fin en sí misma sino que la comunidad es **para** la misión porque lo importante es el Reino; la comunidad tiene como finalidad irlo aproximando. Y nos gustaría además que se avanzara buscando siempre en el «mejor servicio» la fuerza que las aglutine y la razón de su dinamismo. Más que estar «calentitos» en nuestra casa, nos importa abrir puertas y ventanas para que los que viven fuera puedan entrar o, al menos, asomarse; no nos importa sacrificar «intimidad», si es para acoger mejor a quienes se acercan; Cambiar nuestras costumbres, nuestras celebraciones, nuestra vida con tal de que otros «entiendan» la razón de nuestro ser: el evangelio. Comunidades para el Reino, Iglesia para el mundo, vida que se aumenta dándola. El matrimonio formado por Francisco y Carmen de la parroquia jesuita de Córdoba decían en el último encuentro de Parroquias en Manresa:

*La parroquia jesuita
o es misionera
o no es jesuita*

*“Es un don disfrutar de una evangelización **nueva, libre y abierta** donde todo el mundo tiene cabida y la gente que está al límite (homosexuales, divorciados, excluidos sociales) saben que se les escucha y ayuda”.*

En la construcción del reino lo que importa comunitariamente no es la uniformidad de los iguales sino la colaboración de los distintos (distintas capacidades, sensibilidades...) aglutinados en torno a un proyecto común vuelto hacia fuera. La parroquia jesuita o es misionera o no es jesuita. Y en

ella es imprescindible la misión compartida, porque “según las enseñanzas del Vaticano II debemos comprender la importancia de la actividad de los seglares para las comunidades cristianas”³⁹. Esta “**colaboración en la misión**” es central y supone nuestra colaboración con ellos en la misión que es una perspectiva últimamente destacada de “nuestro modo de proceder” en el ministerio parroquial, en la que insistía cada vez más el P. Kolvenbach⁴⁰ coherente con la C.G. 34⁴¹. Esta nueva visión de la colaboración en la misión del ministerio parroquial nos invita a un nuevo tipo de liderazgo: cesión de poder, delegación, formar para la responsabilidad y el trabajo en equipo, son elementos básicos necesarios. Trabajar juntos como equipo, entre nosotros jesuitas, y con otros, requiere una “conversión” profunda y continuada. Y esto es cierto para nosotros jesuitas, como para todos aquellos que participan en nuestra misión. Estamos todos llamados a aprender a trabajar juntos, como equipo, a descubrir nuevos estilos de liderazgo, y a participar en la misma misión.

En esta línea llevamos ya tiempo trabajando. Por eso en el IX Encuentro Interprovincial de Parroquias S.J. en Javier (Navarra) algunos delegados y delegadas seglares expresaron “qué pedimos los laicos a las parroquias de la Compañía de Jesús”. Indicaban que se sentían “orgullosos y contentos de pertenecer a ellas” por su apertura a todas las personas, su

*un don celebrar la
Eucaristía cotidianamente
con las puertas abiertas
rodeados de nuestro pueblo*

libertad de expresión, su espiritualidad ignaciana, su reconocimiento práctico de la corresponsabilidad laical... Nos pedían y piden en ese y otros ámbitos empatía y apoyo personal, amistad mantenida, reconocimiento del papel de los consejos pastorales, formación con recursos, transmisión de nuestra espiritualidad, conexión de la oración

personal y las celebraciones comunitarias con la vida con lenguajes y gestos nuevos, cuidar y entroncar los aspectos sociales con la evangelización... Y que desde la Compañía se valore más la misión parroquial, que se escoja para ella a jesuitas preparados, que se ofrezca a los que están en formación, que “nuestras parroquias no sean islas”, sino que están integradas el Plan Diocesano, desde nuestro carisma.

Ya lo apunta con claridad la reciente Congregación General: Una Mirada con los otros mucho más misionera: Aprender a ver el mundo con

los ojos de los lejanos. Con ojos no occidentales, contemplando “lo global” para actuar en “lo local”, con más afecto y eficacia...con los otros.

La comunidad y la liturgia

En estas comunidades todos, laicos y sacerdotes, tenemos algo que decir y todos tenemos mucho que aprender. Escribo desde La Rioja en medio del Camino de los peregrinos hacia Santiago de Compostela. Por eso de Ignacio – que atravesó estas tierras como un caminante anónimo hacia Monserrat - nos gusta esa imagen del peregrino, que en el caminar va descubriéndose a sí mismo, y conociendo mejor a Dios. Porque en el camino está el herido que nos reclama, y el desvío que nos desconcierta pero nos abre nuevas perspectivas; en el camino está la posibilidad de encontrarnos con los otros, y la necesidad de dialogar; en el camino está el cansancio de los pasos perdidos, y el gozo de atisbar. Como Ignacio, queremos ser personas y comunidades peregrinas, caminando hacia el más precioso templo de Dios: la persona humana.

Muchas Parroquias ⁴² generaron vida al crear o vivir al lado de obras sociales muy importantes que cuando empezaron a volar vivieron por cuenta propia. No puede haber parroquia si no hay comunidad fecunda de referencia, que alimente y haga crecer la vida de los hermanos. No queremos convertirnos en “estaciones mortecinas de servicio sacramentales”. Por eso muchas – p.e. Picarral en Zaragoza,⁴³ Pilarica en Valladolid, - cuidan con mimo la comunidad de referencia básica con un claro protagonismo laical muy vinculado a las reivindicaciones sociales, políticas, vecinales. Ese núcleo activo que dinamiza la vida de la comunidad parroquial para ser la fuente de la aldea...global, en medio de la calle, en la asociación de vecinos, del sindicato, etc. para calmar “la sed que me alumbraba” que decía S. Juan de la Cruz. Y por eso se asocia a las “otras comunidades” creyentes o no pero imprescindibles en la hermosa tarea de llevar ternura y solidaridad. La C.G. XXXIV correctamente habla de las “comunidades eclesiales de base”. Los conceptos de “comunidad”, “comunidad”, “comunidad de comunidades”, deberían ser centrales en la referencia al ministerio parroquial.⁴⁴

La Comunidad sostiene, empuja y...celebra. ¡Vaya si celebramos! Es una de nuestras características. Pero, eso sí, celebración unida a la vida y

sus acontecimientos. Si no, es como si dejaras la vida a la puerta del templo. Los jesuitas no nos hemos destacado en liturgia, pero la Parroquia ofrece la posibilidad de expresarla más vitalmente, con el fino olfato que tiene el hombre o la mujer sencilla de la calle y así hacer asequible lo que la liturgia a veces oscurece: la profundidad del mensaje provocador de Cristo dignamente celebrado. Veamos algún ejemplo: Hace años la parroquia de S. Francisco en El Puerto de Santa María “inventó” una procesión de niños con pancartas reivindicativas, o sabe hacer “La última Cena de Jesús con los niños” en la Semana Santa. La Parroquia de Valladolid situó el “Belén” en una maqueta amplia que reproduce su barrio y adecuó los lugares “franciscanos” a los de su propio contexto ciudadano: El castillo de Herodes, podía ser un Edificio Oficial, los pastores eran los trabajadores que madrugan y atraviesan el peligroso paso a nivel ferroviario que divide el barrio, etc.

Por eso es un don celebrar la Eucaristía cotidianamente con las puertas abiertas rodeados de nuestro pueblo. En la Eucaristía se nos dan las dos cosas: el comienzo de una nueva vida y, a su vez, el momento en el cual o desde el cual la realidad puede ser “cristificada”. Tendemos a ser capaces, no sólo en la Eucaristía sino en el conjunto de la liturgia cotidiana de ser una especie de “enlace continuado” entre vida y liturgia. Potenciar lo que experimentamos en Ejercicios: contemplar a Dios en todas las cosas ⁴⁵. Entonces la liturgia se abre de verdad a la vida y nos hace estar de un modo festivo, agradecido, fraterno... O por el contrario, algo no está yendo bien en nuestra manera de ser y de celebrar. Como nos decía el P. Modroño anterior Provincial de España: *“Hay una querencia buena en la parroquia, entre la vida celebrada en los momentos específicamente más puntuales y la liturgia que debiera ayudar a perforar, a taladrar, la conexión que existe entre lo cotidiano y lo puntual, entre lo existencial y lo habitual”* ⁴⁶.

En este sentido, tenemos que intentar no tanto cuidar las rúbricas explicándolas para que se entiendan sino, salvando lo fundamental, intentar que los signos sean significativos por sí mismos y apelen a la realidad de la vida; porque si no haremos cositas superficiales, experimentos esotéricos, que difícilmente empujan a confesar la existencia de Aquel que se entrega. Y ahí hay que arriesgarse con una prudencia que roza el cariño del corazón, no del miedo; con una prudencia que se roza en la ternura afectiva que nos ata a Jesús de Nazaret. Tenemos que arriesgarnos a ser capaces de hacer no solamente homilias interesantes sino gestos significativos en la liturgia. Porque como sabemos, el sacramento básicamente es un signo que “realiza” lo que significa.

“Hay que dejar de nuevo que los símbolos y la liturgia sean (en la parroquia y en la Iglesia) algo vivo, dinámico, comunicativamente poético, narrativo y ambiguo (polisémico). Los sacramentos son símbolos que expresan la experiencia cristiana que vive el creyente, son expresión de la fe. Y ese misterio la comunidad lo expresa mediante símbolos, mitos, poemas, testimonios, la metáfora, el canto, el himno, el saludo afectuoso, la oración sincera, el perdón sentido, el gozo, la proclamación, la exhortación y, sobre todo, el lenguaje narrativo” .⁴⁷

El P. Timothy M. McMahon S.J., antiguo párroco de S Francisco Javier en Kansas City y actualmente provincial de Missouri, EEUU, decía incluso que “toda la parroquia es un sacramento” en uno de los más bonitos testimonios que he leído sobre este don para la Compañía:

“Como todos nuestros trabajos, nuestras parroquias son sacramentos, lugares donde nosotros, Jesuitas, encontramos la gracia de Dios a disposición del mundo, lugares donde se nos invita a entrar en las vidas de la gente y en la vida del planeta. Nuestra parroquia es un sacramento, un regalo de la gracia de Dios, que a mí me dio el privilegio de compartir la fe y la confianza de una mujer joven y su marido de 25 años mientras pierden la batalla contra un tumor cerebral; el privilegio de conocer a una madre soltera que camina hasta la parroquia los domingos por la tarde con su limosna porque no puede venir a la misa matutina; el privilegio de ser testigo de la determinación de una familia de refugiados que luchan por aprender no tan sólo Inglés, sino un nuevo mundo; y el privilegio de acompañar a los mayores que gradualmente renuncian cada vez más a su libertad y su vida por Dios con una gracia exquisita. Y es por último, para mí un gran privilegio presidir como su pastor cada semana mientras se convierten en una comunidad, mientras construyen el puente de la Eucaristía entre ellos y se vuelven el cuerpo de Cristo unos con respecto a otros. Creo que los Jesuitas necesitamos a nuestras parroquias tanto como ellas necesitan a los Jesuitas.”⁴⁸

UN DON PARA LA MISION

Termino como empecé: Con lo que vi una tarde de mayo cuando dejé en la Iglesia a un niño con unas flores y recibí a la mujer emigrante. Quizás depositar una rosa a los pies de la Virgen sea también uno de estos signos sacramentales.

Epílogo

Con Yadira recordábamos la excursión de los emigrantes latinos a la nieve, - desconocida sorpresa para muchos de ellos - o la Misa de Navidad cuando al final saboreábamos el caldito ecuatoriano y el chocolate español en una prolongada velada hasta la madrugada.

Un sueño le persigue una y otra vez a: ver otra vez a su madre y a su familia a quienes dejó en Colombia. Pero ese es un derecho que ella no puede permitirse, por ahora.

Y mientras tanto, el niño del que había llevado las flores a la Virgen y del que os hablaba al comienzo de este artículo, tras depositar sus rosas a los pies de la imagen, sigue a su lado, cantándole y diciéndole las oraciones que le enseñó el catequista.

“No sabe que cada rosa que ha traído se va a convertir en flor de justicia”.

Me lo dijo Yadira, en mi despacho parroquial, cuando le conté lo que hacía el niño...

¹Iniciativa de parroquias jesuitas (Logroño, Madrid -La Ventilla con Pueblos Unidos, Tudela etc) para unir y celebrar la riqueza de diferentes culturas inmigrantes

² Cfr. J.L.Pinilla, “Historia de 10 Encuentros”, X Encuentro de Parroquias . Manresa , Abril 2008. Se trata de Jornadas donde se reúnen, cada dos años, Delegados de las Parroquias de España, Portugal y este año, Italia.

³ Pg 1 .”Mission Statement for Jesuits in Parish Ministry. Santa Clara, July 23, 1987

⁴ Documento “Parroquias da Companhia de Jesus” de los párrocos jesuitas portugueses (Pascua 1997)

⁵ Doc cit nº 3

⁶ Juan Pablo II, “*Christifideles Laici*” (1988) nº 26

⁷ C.G. 34, d.19, n,3

⁸ Carta del P.General a los jesuitas de Japón en ministerio parroquial (“Información S.J. 111, oct.2005, p.131)

⁹ “Atención pastoral en las iglesias de la Compañía de Jesús”; Comisión Nacional de

Pastoral (Mayo 2005), p.4.

¹⁰ “*El don y la Misión en las Parroquias confiadas a jesuitas*” Comisión de Parroquias Jesuitas .Madrid. 2006

¹¹ P. Elías Royón Sj. “*Ignacio, Fabro, Javier. Acoger el don, impulsar la misión*” Pág.3. 31 julio 2005.

¹² Cfr nº 10

¹³ CG. 31, d.27,9-10

¹⁴ A pesar de ello, en el imaginario colectivo de los jesuitas, el ministerio parroquial sigue apareciendo como secundario e incluso impropio de la Compañía. En el fondo subsiste una concepción de la Parroquia como simple agencia de servicios sacramentales, que se refleja en una cierta praxis de llevar a cabo sustitutivamente esos servicios sacramentales sin vinculación alguna a una parroquia u otra comunidad eclesial real.

¹⁵ Reunión del Ministerio Parroquial Jesuita, Curia General, Septiembre 9- 15, 2007

¹⁶ Actas de las Propuestas. Reunión del Ministerio Parroquial Jesuita, Curia General, Septiembre, 2007

¹⁷ Carta cit. en n.8, p.133

¹⁸ CG. 34, d.19, n.6

¹⁹ Parroquias Jesuitas de Loyola. Javier-Navarra 1998.

²⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est* (2005), 25.

²¹ C.G. 34, d.3, n. 10

²² Cf. nota 19

²³ P.Isidro G. Modroño S.J. Provincial de España. VIII Encuentro de Parroquias S.J. Madrid, 23 de febrero de 2003

²⁴ Cfr Jerry Rosario, Dhanam Movement. Actas de la Reunión del Ministerio Parroquial Jesuita, Curia General. Roma Septiembre 2007

²⁵ Pg. 13 Documento citado en nº 10

²⁶ Doc.cit. en n.4

²⁷ C.G. 34, d.19, n.3

²⁸ P.Arrupe, nota 11, nn.10-11

²⁹ P. General P. H . Kolvenbach “A los jesuitas en el apostolado parroquial” (1997)

³⁰ ver cita en nº 16

³¹ Transcripción de una conversación del P.General con T.Rochford, P Bélanger y D Villanueva. Pagina Web oficial de la CG 35,10 de febrero de 2008.

³² A los jesuitas de Australia (“Información S.J.” 107, ene-feb 2005, p.16).

³³ Para describir estos rasgos recojo sumariamente las aportaciones del P. Darío Mollá s.j. en las V Jornadas Nacionales de Parroquias jesuitas (Madrid , Noviembre 1995) y en las III Jornadas de Parroquias jesuitas de Castilla (Villagarcía de Campos, Junio 1999)

³⁴ Es el camino lento de las Parroquias de España: Formación conjunta de jesuitas y laicos en: Loyola: “ Parroquias: Comunidades de Solidaridad”, Barcelona: “Comprensión bíblica y Eclesiológica de la Comunidad parroquial”, Salamanca: “EE

en la vida ordinaria para parroquias” etc

³⁵ Así se descubre el don compartido por ejemplo en el hermanamiento parroquial de S. Ignacio (Portugalete-Pais vasco) con las parroquias de Haití, o S. Francisco de Borja (Madrid) con “ Fe y Alegría “ en el “Alto Marañón”(Perú) o con el amparo de la Provincia italiana a la Parroquia jesuita de Tirana (Albania) etc .

³⁶ P. Ochagavía s.j. y otros. Reunión del Ministerio Parroquial Jesuita, Curia General, 1996

³⁷ Pagina 31 “Jesuit Parishes Meeting. Rome Sep.2007”

³⁸ J. L.Saborido “Propuestas”. Jornadas Parroquias de Castilla Valladolid Noviembre 2006 y su referencia al Coloquio: “Nuevo paradigma de la catequesis” tenido en el ISPC de Paris (febrero 2003) que Emilio ALBERICH escribió para *Catequética* (enero 2004, págs. 2-9) y el librito *Proponer la fe hoy* (Ed. Sal Terrae, Santander 2006)

³⁹ P.Arrupe, I.c., n.13.

⁴⁰ Carta cit. en n.8, p.133

⁴¹“Necesitamos desplazar cada vez más el centro de nuestra atención del ejercicio de nuestro propio apostolado directo a la potenciación del laicado en su misión” C.G.34, d.13, n.19

⁴² S.Ignasi en Lleida , El Milagro en Salamanca , Lourdes en Tudela etc

⁴³ Cfr. A.Aleman. “Mi experiencia en el Apostolado social” Promotio Iustitiae.CIS. nº 90,2006/1.pp19-25

⁴⁴ ver nota nº 16

⁴⁵“El componente ignaciano introduce en la vida parroquial, (que se caracteriza por la práctica religiosa, cíclica y repetitiva), la conciencia personal del proceso interior que conduce al crecimiento de la fe en el adulto.” Cfr.nº8

⁴⁶ Doc.cit. en el n.23

⁴⁷ Cipri Diaz. IX Encuentro de Parroquias jesuitas. “Eucaristia y Solidaridad”. Javier Navarra- Noviembre, 2005

⁴⁸ T. McMahon S.J., Documents Concerning Parish Ministry in the Society of Jesus. Jesuit Parishes Meeting Roma. Sept. 2007